

PADRE Y PATRÓN

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

Padre y Patrón

Iósif, despachó a su ayudante entregándole la relación de los que mañana deberían ser fusilados o deportados a Siberia por alta traición a la Patria Socialista. De las casi 400 personas acusadas por otros detenidos sometidos al habitual trámite de torturas para que denunciaran a los traidores, esta vez había dejado con vida, aunque en prisión, a 23 individuos que le quedarían eternamente agradecidos por ese detalle inmerecido. Siempre convenía dejar a unos cuantos con la esperanza de salvarse, aunque más tarde volverían a entrar en esa ruleta del infortunio que permitía tener aterrorizado a todo un país para que siguieran, como corderos resignados incluyendo a sus más cercanos colaboradores, las consignas de sátrapa gozoso con su poder incuestionable. Era un trabajo agotador y sin fin, porque la traición anidaba en el corazón del ser humano que, él, y otros como él, habían decidido que debían transformar en el hombre nuevo, aunque hubiera que sacrificar a 999 de cada millar para que ese uno restante y puro, quedara. Luego, con todos los puros..., ya se harían nuevos saneamientos hasta llegar a la esencia de ese hombre ideal, ideado.

Por hoy, ya valía de atender a frentes adversos, interiores y exteriores, cercanos o lejanos que le asediaban constantemente, y tocaba descansar. Si podía, porque en sus pesadillas, su círculo más íntimo, los que más le reían las gracias y obedecían sin rechistar sus políticas más disparatadas para transformar a Rusia en la Unión Soviética, conspiraba para quitarle el puesto y cambiar el rumbo trazado por su mano de acero. Así que, en su fuero interno, sólo podía confiar en Svetlana, su "Gorrioncito" de 10 años que estaría durmiendo profundamente ya a esas horas, ajena a los avatares del mejor padre del mundo. Ella, nunca le traicionaría.

Se dirigió a su habitación y abrió con sigilo su puerta para no despertarla.

"¡Papá...!", dijo ella al verle porque aún no se había dormido.

"Mariposita... ¿cómo no duermes todavía?", le reprochó afectuosamente su padre. "Es muy tarde ya, ¿no tienes sueño?"

"Estaba esperando que vinieras a darme las buenas noches y me contaras qué has hecho hoy, cuánto te has reído con tus amigos, y cuánta gente ha venido a traerte frutos de su tierra porque te quieren mucho. No tanto como yo, claro", y se apretó contra él al decir eso último.

"Es cierto, Svetlana, es cierto..., nadie me quiere tanto como tú, aunque me llamen Padrecito y hasta tengan altares con mi retrato en sus izbás,

esas malas costumbres que los campesinos aún no han erradicado, sino sólo cambiado a la Virgen de Kazán por mi retrato. Seguro que hasta me rezan, ¿eh, Gorrioncito?", dijo con una sonrisa de desprecio hacia todos aquellos, y acarició el cabello de Svetlana tras esa afirmación que su hija también imaginaba que así sería. Su padre lo sabía todo y por eso todos querían ser amigos suyos. Ella, también sentía esa misma fascinación ante el poder de su padre.

"Tú tienes muchos amigos... ¿verdad?", preguntó la niña.

"Mmmm..., bueno, sí..., muchos quieren ser amigos míos, es verdad, pero con mis responsabilidades para construir nuestra Unión Soviética, no es sencillo que yo pueda corresponderles con mis afectos. Ya lo descubrirás tú misma cuando seas mayor que las personas no somos de fiar, ni que mostramos nuestros verdaderos sentimientos porque sería como jugar al durak enseñando las cartas y acabar siendo, eso, el tonto".

"En la escuela nos dicen que tú eres nuestro protector y que sin ti nuestra nación sería invadida por los países capitalistas, ayudados por la gente mala que trabaja para destruirnos, incluso dentro de nuestro país. ¿Cómo pueden esas personas querer algo así, si ven a toda esa gente que sacan en los noticiarios de los cines sonriendo para aclamarte llevando pancartas y los carteles con tus fotos y las de tus amigos?"

"Bueno, Mariposita..., nosotros sac..., los del cine sacan lo que conviene que la gente, como ésa que aún no son más que espectadores en los desfiles, vean y se contagien del entusiasmo necesario para los muchos sacrificios que les vamos a seguir pidiendo para poder cambiar todo lo que hasta La Gran Revolución de Octubre había: hambre, injusticias, y falta de libertad porque aquella minoría zarista y de la Iglesia, tenía subyugado a nuestro pueblo. Todavía, eso..., aún no lo hemos cambiado. Cuesta, pero estamos en ello con toda esa gente que no ve ningún beneficio inmediato en el cambio de un régimen de injusticias, por otro que le va a exigir aún más de lo que antes daba porque si no, nada cambiaría..., y sólo nota que sigue teniendo el mismo hambre con el Zar..., que conmigo, porque no ve más allá de sus tripas y las de sus hijos que les piden la comida..., más todo aquello otro que habíamos prometido sin decirles cuándo les llegaría y, claro, se rebelan aunque no lo demuestren. Les falta... perspectiva histórica, ¿lo entiendes?", le explicó a su niña que cada día sí que comía, no pasaba frío, y vivía en un lugar confortable.

"Y si no lo demuestran... ¿cómo se sabe quiénes son para hacerles entender que todo va a ser por su bien, eh...?", preguntó Svetlana como si hablara del juego de las adivinanzas o algo así.

"Pues unas veces se sabe y, otras, no. Tampoco tiene excesiva importancia enseñar únicamente al que no sabe. Si tienes a 100, y a todos les vuelves a enseñar la lección aunque la mayoría ya se la sepa...,

seguro que entre ellos, también estarán los 4 o 5 que no se la sabían, y así no tienes que andar perdiendo el tiempo en examinar a todos uno por uno, por culpa de esos poquitos que no han querido aprender. Lo importante es que todos sepan que tarde o temprano, sean poco o muy estudiosos..., el maestro les hará aprendérsela como en una escuela, sólo que estamos hablando de cientos millones de ciudadanos que tienen que saber que el profesor será exigente y disciplinado con el conjunto: estamos haciendo otra sociedad donde el individuo no cuenta tanto, como su suma", explicó Iósif con esa simple metáfora, el ingente trabajo que él tenía por delante.

"Somos... ¿como un hormiguero?", preguntó la niña.

"Ah, pues sí, más o menos, sí, como un hormiguero: individuos trabajando sin descanso porque el hormiguero ése es como un único ser que importa mucho más que las hormigas que lo forman. Una hormiga, cien, mil hormigas..., no tienen ningún valor. El hormiguero..., sí.

Bueno..., ¿qué tal por la escuela?"

"Bien..., pero, papá..., ¿porqué los niños no se juntan conmigo en los juegos? Es que me quedo sola y nadie me dice que me ponga a jugar con ellos. Y si me acerco, bajan la cabeza, dejan de jugar y se van cada uno por un lado. Un día le pregunté a uno que su padre es un militar muy importante, y me dijo que me tenían miedo. Por si me caía y eso, en los juegos de perseguirnos unos a otros, que me hiciera daño y, tú..., que te enfadaras. Entre ellos se gastan bromas, los chicos tiran del pelo a las chicas y les quitan cosas para que se enfaden pero, a mí, nunca me hacen eso porque me dijo ese niño que su padre le había advertido de que ni se le ocurriera hacerme ningún daño. Algunas de las incordiadas en los juegos dicen que tengo suerte de que no me molesten, pero yo no quiero ser diferente a las demás, ni quiero que me tengan miedo. ¿Qué les puedo hacer yo, papi, si solo soy una mariposita sin fuerza? Por las noches, aunque te tengo a ti..., me acuerdo mucho de mi mamá ¿Porqué se tuvo que morir siendo yo tan pequeña?"

"Es verdad que tu madre no se debería haber muerto cuando tanta falta te hacía, pero tuvo una apendicitis y los médicos no supieron hacer nada para salvarla. A cambio, tuviste a una buena niñera que te cuidó casi como si hubiera sido tu madre. En realidad..., mejor que tu madre porque ella te habría criado a su aire mientras que la niñera, medía cada paso que daba contigo para hacer exactamente lo que yo le mandaba, o adivinaba lo que le hubiera mandado hacer contigo. Para algo me tendría que valer el ser Secretario General del Comité Central..., nada menos.

Y lo de que los niños esos no quieren jugar contigo, mañana hablaré yo mismo con el director de tu colegio para... corregir eso, y que me informe de quienes son los padres de todos tus compañeros, a ver por qué te

tienen que hacer el vacío en los juegos. A ti, a la hija de Iósif Stalin. Enseguida vas a notar el cambio de tus compañeros. Ya lo verás".

"Qué bueno eres, papi", dijo Svetlana abrazándole mientras él le seguía acariciando el pelo. En esas, miró desconfiado de soslayo, vigilando que nadie pudiera estar viendo ese asomo de ternura impropio para alguien que estaba forjando el Nuevo Imperio de los Trabajadores con mano firme. Siempre sospechaba, no sabía por qué, que los suyos le tenían puesto micrófonos ocultos hasta en sus habitaciones. Qué trabajo tan ingrato era no poder, no deber confiar en nadie.

Si no hubiera cargado sobre sus espaldas con la enorme responsabilidad de transformar sin descanso a ese gran país, costara lo que costara y luchando contra un pueblo holgazán y borracho, apegado a las viejas costumbres y tradiciones que tanto suponía cambiar a pesar de los fusilamientos y de extender la inmensa red del Gulag para hacer de simples rusos, verdaderos ciudadanos soviéticos..., él podría haber vuelto a enamorarse, a casarse y tener una compañera con la que compartir sus problemas y afectos, tras acostarse. Y Svetlana hubiera tenido una madre y no una funcionaria que simplemente la cuidaba porque lo tuviera que hacer con más temor que afecto, y de una forma que nunca sabía si era la tan exquisita que su amo le exigía.

"Dime, Mariposita... ¿qué te gustaría ser de mayor, o qué te gustaría hacer? Yo, te puedo conseguir casi que cualquier cosa. Soy... como un Zar. No, como un Rey de esos de los cuentos de los Hermanos Grimm, de Afanasiev o Pushkin, o esos magos que pueden concederte cualquier deseo. Di... ¿qué te gustaría hacer de mayor? Podrías estudiar Ciencias Políticas y así, cuando yo me retirara, hacerte cargo de nuestra nación. ¿Te gustaría, eso? Imagina: "Svetlana Iósifovna Stáline, nombrada Secretaria Central del P.C. de la URSS, aclamada por el Soviet Supremo para suceder a su padre, nuestro líder, el camarada Iósif Stalin", algo así dirían de ti los periódicos y las radios del todo el mundo cuando eso llegara. Yo, aún tengo sólo 58 años y mucha tarea por delante pero, con una buena formación, serás..., lo que yo, y tú, queramos que seas. ¿Te gustaría?", le preguntó su padre emocionado imaginando que dentro de... 25 años, por ejemplo, le pudiera ceder el testigo a su hija e iniciar así su propia dinastía.

"Pero, papi..., están mis hermanos antes que yo para sucederte. ¿Por qué no Yákov, o Vasili, que son hombres? Yo..., no sé si eso me va a gustar ahora que sólo tengo 10 años. Yo querría ser escritora, o periodista, y poder recorrer todos los países del mundo subida en uno de esos aviones gigantes que tenemos y que pueden llegar a cualquier parte. Sobre todo, ver la luz del Sahara, o de otros desiertos donde todo es sol y calor, otra cosa muy distinta de este Moscú donde los veranos son tan cortos y los inviernos, eternos. Yo creo que si se lo dices a Yákov, que ya tiene 29 años, a él sí le gustaría mucho dirigir nuestra Patria, como tú. Y

siendo oficial de nuestra Artillería... seguro que ya mandará muy bien a sus subordinados. Y tan guapo con su uniforme de Mariscal como ése que tú llevas en las galas. ¿No te gusta mi idea, que veo que te has puesto tan serio?", dijo Svetlana mirando a su padre desde abajo, con temor a haberle contradicho.

"¿Cómo se te ocurren esas cosas, Svetlana? Viajar, recorrer mundo... ¿quién te mete esas ideas asociales en tu cabeza de niña? ¿Qué paisajes crees que puedes ver por ahí afuera que no tengas aquí? Allá encontrarás demonios, sólo demonios: capitalismo, fascismo, racismo y todas las injusticias que puedas imaginar. ¿Eso quieres ver, eh...? Pues no lo consentiré, ¿entiendes?, antes te mando encerrar. Mira Alemania, o España en guerra por unos facciosos alzados en armas, o los negros en Estados Unidos que siguen viviendo medio esclavos. Italia, con Mussolini teniendo en un puño a su pueblo. Eso te vas a encontrar. Desiertos, ¿qué desiertos quieres ver? Esos, sólo son bellos en las novelas. Aquí tienes tu vida y tu trabajo futuro que te espera para cambiar el mundo: es la oportunidad que te estoy brindando para ello cuando yo ya no pueda porque tus hermanos..., no me sirven, son varones, no se dejarían aconsejar por mí cuando les tocara hacer frente a las responsabilidades, como lo es la de eliminar las malas hierbas que crecen más rápidas que la hoz las corta. Hay que tener el timón del Estado cogido con mano firme, esa mano que yo tengo y que también serviría para moldear la tuya para cuando la mía se debilite con la edad, y hasta me pueda fallar la voluntad y los que me rodeen, resentidos segundones que sólo me temen, se quieran aprovechar de ello".

Svetlana, lo miraba intentando comprender todo aquél discurso de su padre, asustada con todas sus palabras que no significaban nada para ella, excepto que se había equivocado al contarle sus sueños. Y el padre, siguió:

"No puedes contaminarte por lo que puedas ver fuera de aquí, espejismos peores que los de los desiertos esos que anhelas visitar por los libros de viajes que tenemos en la biblioteca de gente romántica del siglo pasado que visitó esos paisajes del Sahara, sobre todo, donde no hay de nada. Mañana mandaré que quemen esos libros. Olvídate de los desiertos y de los viajes, porque en estos últimos solo hallarás mentiras y quimeras, aunque tú no las entiendas ahora. Por ejemplo, la libertad. Libertad... ¿para qué? ¿Para explotar a los trabajadores...? ¿Para fomentar el individualismo y sólo pensar en acaparar dinero? ¿Escribir libros con los que llenar la cabeza de pájaros a los débiles mentales?

Sí, es cierto que verías calles muy iluminadas, con lujosos coches y muchas tiendas con sus escaparates repletos de cosas que comprar, pero sólo al alcance de la clase opresora mientras los proletarios malviven en casas malolientes muriéndose de hambre y de enfermedades. Todo eso, aquí, nunca lo verás porque seremos iguales gracias a que tendremos

todos las mismas obligaciones recíprocas. Pero aún no está conseguido porque el egoísmo no lo hemos erradicado de la mente humana, lo que es incompatible con ser un buen ciudadano soviético. El egoísmo y el individualismo se crían en esa mal llamada "libertad", entendida al modo de los regímenes burgueses, claro, donde unos pocos tienen los medios de producción y el resto, la pobreza".

"Pero, papi, en la escuela nos enseñan que Lenin, Trotsky y tú, junto a otros muchos, luchasteis por la libertad del pueblo ruso sometido a los Zares, y el maestro cuando casi grita "LIBERTAD", se emociona y todo. Nuestra libertad..., ¿es distinta de la que dices tú que yo me encontraría en otras naciones, si viajara?", preguntó Svetlana.

"¡No me nombres a ese cabrón traidor, que nos hizo creer que luchaba para cambiar las cosas y era un agente del fascismo y del Gran Capital! ¿No te lo enseñan en la escuela, quién fue Trotsky?", le protestaba ahora Stalin fuera de sí, como si aquella niña no fuera su hija ni tuviera sólo 10 años.

"Sí, sí que nos lo dice el maestro, pero yo sólo he dicho que fue uno de los que contigo y el camarada Lenin, iniciasteis la Gran Revolución Rusa. No he dicho que fuera bueno", se excusó Svetlana con su padre.

"Pues ni eso puedes decir, como si nunca hubiera existido, kaputt, muerto, porque es una vergüenza para todo buen comunista que ese sujeto apareciera por error dirigiendo los destinos de nuestro país y por eso ha sido proscrito en todos los documentos y fotografías. No existe, como si nunca hubiera nacido. Así que..., la última vez que me lo nombras. Cuando la Historia se equivoca con los protagonistas..., hay que enmendarla. ¿Me oyes?", y le puso el dedo índice amenazador ante sus ojos para que viera que iba en serio.

"Entonces, la Historia..., ¿qué dirá de nosotros dentro de... 50 años? ¿seguirá borrando también a los que no se hayan ido comportado bien como le pasó a..., ése?", imaginando Svetlana que también a ella y a su padre la pudieran hacer desaparecer algún día, de los álbumes de fotografías que tenía.

"Mariposita..., la Historia suele poner a cada uno en su sitio, o en el sitio que los que la escriben lo creen conveniente, o en donde se les ordena colocar cuando es necesario. A veces, los malos son precisos para hacer circular a la Historia por los caminos que llevan a donde queremos llegar. No siempre los buenos hacen lo que se tiene que hacer, y se convierten en un estorbo cuando se trazan planes que están por muy por encima de lo que los seres humanos somos. Así que hay que apartarlos..., y no siempre se dejan. El historiador tiene que comprender estas cosas y describir no sólo qué pasó, sino para qué pasó y hacer coincidir todo ello con el final que se pretende, sin centrarse excesivamente en pormenores

que nos distraen de la meta. Los que la escriben, también están obligados con el fin que se pretende. Y lo que tengamos que hacer para lograrlo, como abolir la realidad cuando es necesario..., no es de su incumbencia. Quédate con lo importante: sólo son buenos, los que nos sirven. Si no lo entiendes ahora, seguro que lo comprenderás cuando seas más mayor. ¿Necesitas algo más, o quieres ya dormir?", le preguntó el padre por si la estaba aburriendo con sus razonamientos justificadores de tanta contradicción.

"Sí, querría pedirte algo más: que me gustaría me llevaras a ver Moscú, nuestra ciudad. Pero que fuéramos tú y yo, los dos solos, sin mi cuidadora ni los vigilantes que te acompañan a todos los sitios, e irnos a caminar por las calles de la ciudad donde vivimos pero que yo no conozco porque siempre estoy metida aquí, en esta fortaleza sin contacto con toda esa gente normal, a la que veo pasar desde mi ventana caminando deprisa, como si aceleraran el paso cuando cruzan por delante de esta enorme casa en la que estamos. O subirme en uno de esos tranvías tan abarrotados de gente cuando son las horas en que las personas van y vienen de sus trabajos.

Podríamos ir a pasear por el parque Máximo Gorki y que me compraras golosinas o esas patatas asadas y calientes que venden unas señoras mayores, de las que me cuentan mis compañeros que viven envueltas en harapos para no morirse de frío en nuestros inviernos. O patinar en algún lago helado, como también me dicen mis amigos que se lo pasan muy bien.

Sólo tengo 10 años, ya lo sé, pero me doy cuenta de que aunque aquí no me falte de nada y esté contenta, también veo que los que están al otro lado de mi ventana parecen caminar tristes y no sé porqué pueda ser, siendo que tú les proteges de los enemigos y les mejoras sus vidas con tu esfuerzo. Así que todo eso sí me gustaría ver: lo que hay en nuestra ciudad más allá del Kremlin, al menos, ya que lo de viajar a ver desiertos no te parece conveniente, ni lo de recorrer otros países por los peligros que me acecharían en ellos. Si damos ese paseo por Moscú, siendo contigo..., no me dará miedo lo desconocido".

"Mira, Mariposita: la vida normal, no está hecha para ser vivida por nosotros. Subirse a tranvías repletos de gente que recorren cada día del año los mismos trayectos, no tiene nada de divertido, y por eso los ves con esas caras de tristeza que no es tal, sino que van pensando mientras van o vuelven del trabajo, en cómo darlo todo en su puesto cuando llegan a él, o en qué no han aportado todo lo que debieran, repasando su jornada. Ten en cuenta que en los países capitalistas, los beneficios que los trabajadores producen con su esfuerzo de esclavos, va a parar a los bolsillos de los explotadores. En cambio, aquí son destinados al Estado y que como en él, nadie es dueño de nada..., nadie se engorda a cuenta de nadie. Así de sencillo. Por eso, las vidas de quienes regimos a este Estado

protector y que lo decide todo en nombre del pueblo, no son normales, no pueden ser normales porque el Estado no se puede parar, ni tener vacaciones, ni ir a patinar o comer patatas asadas en el parque Máximo Gorki. Son muchos millones de personas a las que atender y darles las soluciones que únicamente teniendo una visión global de todos los problemas que surgen en cada instante, es cuando decidimos qué está bien, y qué está mal. Y luego, actuar. ¿Lo entiendes?", le preguntó a su hija, no dudando que también lo entendería, como lo entendía cada ciudadano cuando se les preguntaba y exhortaba a que siguieran el ejemplo, en sus fábricas, en sus koljós, allá donde fuera..., del camarada minero Alekséi Stajánov quien en agosto del año anterior había batido el record de extracción de carbón de toda la Unión Soviética. Y no lo hizo para él, no, ni para su inexistente patrono, sino para esa colectividad que, por ahora, solo debía aportar, aportar, y aportar... para engrandecer, aunque no se les pudiera explicar que sólo serían sus hijos los que ya sí podrían recibir..., algún día. Pero aún no tocaba, siguió pensando su padre. Sí, eso querían los países capitalistas: que nos parásemos a descansar para degollarnos durante la siesta, algo que no ocurriría mientras él siguiera siendo Secretario General del Comité Central del PCUS, masculló para sí.

"¿Y cómo sabéis lo que la gente desea, si sólo sois vosotros desde el Gobierno los únicos que decidís por ellos?", preguntó Svetlana con su sabiduría indagatoria de sólo 10 años.

"Nosotros sabemos que los deseos de las personas son ilimitados. Que la felicidad está siempre en lo pendiente por conseguir, no en lo que ya poseemos. Si tú tienes una muñeca de cartón piedra, enseguida deseas la de celuloide, con más vestiditos que la otra, ¿verdad? Pues a los mayores les pasa lo mismo, pero con muchos más objetivos en su mente: una casa en Moscú, un automóvil, una dacha en el campo, o un viaje a Crimea para disfrutar de la playa residiendo unos días en algún hotel de lujo. Eso es el egoísmo que impulsa hacia adelante sin unas metas concretas hasta las que llegar y parar, como el capitalismo pretende. Ambos, egoísmo y capitalismo van unidos y son inseparables. Al segundo, ya lo hemos erradicado. Al primero..., estamos en ello y es una lucha con la que llenamos cárceles, civilizamos los helados e infinitos territorios de Siberia, o fusilamos a los irrecuperables. Porque hasta que demos con la fórmula en que los bebés vengan al mundo sin esa lacra, el miedo al sufrimiento y a la muerte, mantienen al egoísmo aplastado aunque, no, muerto.

Así, que sí: que tenemos que ser nosotros los que señalemos sus necesidades, y que les digamos qué derecho tienen, presente o futuro. Quien se está haciendo una casa, mientras la construye no tiene derecho a habitarla. Nuestra Sociedad Socialista, es una casa que recién acabamos de ponernos a construirla, una obra que durará años, muchos, porque partimos sólo de un solar donde no había nada y, además de encontrar los materiales necesarios, la tenemos que hacer con una mentalidad distinta a

la que arrastramos desde que el Hombre es Hombre: que el colectivo está por encima del individuo. Éste es nuestro lema comunista.

Entonces... ¿qué derechos pueden tener ahora los ciudadanos si en la nueva sociedad está todo a medio hacer y, en muchos casos, ni eso? Ya te lo digo yo: ninguno. Ahora sólo están en el periodo de las obligaciones, de preparar la tierra, sembrar..., y apretar los dientes si la lluvia no llega o el hielo mata los brotes, en un parecido a como les pasa a los agricultores que nunca saben si sus esfuerzos se transformarán en una cosecha recogida y almacenada en sus graneros", concluyó el padre la explicación a su hija.

"Tú crees, papá, que cuando yo sea mayor, se habrá terminado de construir tu proyecto de una sociedad más justa y más igualitaria?", preguntó Svetlana.

"Igualitaria..., sí. Al menos, en las leyes, que son sencillísimas de redactar cuando todos los miembros del Soviet Supremo son disciplinados y se aprueba lo que presentamos, por unanimidad. Ponerlas en marcha y que se apliquen al día siguiente..., ya no es tan sencillo. Las personas, aunque no se atrevan a oponerse a ellas, pues las rodean, o las esquivan, porque tampoco podemos estar vigilando a cada individuo, ni podemos vigilar a todos los que vigilan que se cumplan. Gorrioncito, la tarea de gobernar es muy desesperante y sólo encuentras tropiezos y mala fe por todas partes. Hasta en todos estos que me rodean y que juegan contigo cariñosamente cuando vamos a nuestra dacha, hasta esos dan el sí a mis leyes, sin entenderlas..."

"¿Y el tío Nikita, que ése es tan amigo tuyo...?", preguntó la niña interrumpiendo a su padre.

"No tengo amigos, Mariposita: sólo sirvientes que hoy besan mi mano pero que si me descuidara y bajara la guardia..., me la morderían. Por eso, periódicamente..., hago limpieza en esta cuadrilla que por fuera me adulan encargándole a Yezhov, del NKVD, que me busque traidores entre ellos. Y siempre encuentra a algunos, entre los 5 o 6 que me dan mala espina. Es, más que nada, para que no se duerman en los laureles, desconfíen unos de otros, y me estén agradecidos porque en esa ocasión, no les haya tocado a ellos". Y aquí, Stalin, se puso a reír imaginando las caras de los que se salvaban por los pelos. Pero las de los desafortunados..., todavía era peor por cómo se las dejaban por su obstinación en no confesar sus fechorías y a sus cómplices. Y siguió riendo hasta que cruzó su vista con la de Svetlana quien no entendía el chiste.

"Lo malo de mi posición, en lo más alto de la cúspide, lugar al que muchos aspiran y desde la que gobierno con mano de hierro para que nadie flaquee porque las cosas aún no sean como las pintamos, es que nadie osa a contradecirme y, aunque eso está bien para mis fines, a veces

ocurre que nadie se atreve a contarme la verdad cuando algo de lo que yo he ordenado hacer, no funciona porque es erróneo o inadecuado. Pero siguen adelante con ello para no ofenderme. Tendría que tener más amigos, pero nadie quiere serlo en medio de tantas intrigas. No les culpo, a decir verdad, porque pretendan vivir más tiempo siendo serviles. Perdón, Gorrioncito, me parece que me he ido de los dos temas que me has preguntado sobre la sociedad que tú encontrarás cuando seas mayor: si igualitaria, y justa. Era eso..., ¿no?", se aseguró Iósif Stalin

"Sí, eso te he preguntado", dijo la niña que intentaba comprender ese mundo de los adultos en el que ella era el centro de atención para los amigos de su padre, que la trataban con mucho cariño cuando se juntaban con ellos en la casa de campo y todo parecía transcurrir en un grato ambiente de bromas y confianzas mutuas. Bueno, el que hacía las bromas, a veces humillantes, era siempre su padre a los otros y a quienes no parecía importarles por lo mucho que las reían.

"Mira, Mariposita... ¿qué es la JUSTICIA, así, con mayúsculas?: en teoría, una cosa que debe de ser necesaria porque hasta los países capitalistas tienen algo que así la llaman también. Pero las cosas nos existen porque tengan un nombre. ¿Es igual esa Justicia, que la nuestra? Los burgueses tienen una justicia creada por ellos, para que les sirva a sus intereses, no a los pobres. Sí, crean leyes en sus Parlamentos, las votan y quedan aprobadas. ¿Sirven al pueblo? Pues no: son las leyes votadas por SUS parlamentarios, y los dueños de ellas nunca se tiran piedras a su tejado. Y la primera norma a la que todas las demás están supeditadas, se llama..., LA PROPIEDAD PRIVADA, con letras bien grandes. Así que..., ¿qué Justicia se puede esperar cuando topas con esa norma que la quieren sagrada? Y luego se rodean de un ejército de abogados que se saben todos los recovecos y atajos de sus propias leyes, para que los jueces no tengan ningún problema en darles la razón. Esa Justicia no es del pueblo. Nosotros sí la hemos creado para servir a éste. Nosotros sólo ponemos a aquellos jueces que no califican los hechos, sino los que sentencian a favor de nuestros fines. Y les indicamos claramente cuáles tienen que ser, en unión de unos fiscales que tienen que acusar, antes incluso de que se conculque la norma, quién debe de ser encausado. Y los abogados, salvo los traidores que acaban todos aplastados, colaboran con estos jueces y fiscales para que la Justicia Socialista salga victoriosa con urgencia. Todo juicio que dura más de media hora, es dinero que se le roba al pueblo, de construir sus escuelas, factorías, o las armas para nuestros ejércitos. Justicia, sí..., si cumple objetivos y sin dar rodeos. Ni que los culpables nos hagan perder tiempo con leyes incompletas que les dejen salidas. Y los inocentes, si les da tiempo..., que lo demuestren si tanto lo son.

Así que yo creo que sí, que vas a poder vivir en un mundo, el nuestro, en el que gozarás de Igualdad y Justicia. Pero para eso, no podemos seguir rodeados de países capitalistas, o se comerán nuestra criatura antes de

que se desarrolle. Esta sociedad ejemplar se impondrá, sin importar los métodos. Los proletarios de todo el mundo la exigen y se la daremos. ¿Te he aclarado tus dudas, así?", terminó su padre mirando el reloj y viendo que ya era muy tarde para seguir con la cháchara.

"Sí, más o menos, papi. Pero si tú lo dices y eres tú quien vigila que se cumplan vuestros planes, seguro que es como debe de ser. Ahora..., tengo sueño y quiero dormir", dijo ella abriéndosele la boca y con los ojos ya cerrados esperando el último beso del día de su protector padre.

Amorosamente, como cada noche, la tapó y se agachó hasta darle dos besos en la mejilla que tenía al descubierto. La miró con orgullo, y añadió: "Hasta mañana, Gorrioncito".

"Hasta mañana, papi", respondió ella como pudo bajo los efectos del sopor que se apoderaba de Svetlana.

Stalin, se fue hacia la puerta, apagó la luz de la habitación y la entornó sin llegar a cerrarla del todo. Se sentía cansado. Lo tenía todo, nadie en el mundo tenía tanto poder. Quizás, sólo le pudiera hacer sombra algún día, el austríaco ése de ridículo bigotito que estaba rearmando Alemania a marchas forzadas y al que había que tener en cuenta porque la potencia industrial de esa nación era enorme, y había conseguido rodearse del fervor del pueblo alemán que le seguía con ciega admiración. Y volvió a sentir el aguijón que le recordaba que aunque lo poseyera todo..., no era feliz.

Las luces del pasillo que unía sus dos habitaciones, permanecían siempre encendidas, porque le asustaba la oscuridad. Al avanzar por él, tocó los radiadores de hierro fundidos, comprobando con sus manos que estaban calientes.

En la antesala, dos oficiales de su guardia personal, se cuadraron para saludarle muy marciales, pero Stalin no contestó a su saludo y les miró de soslayo desconfiando de si sus intenciones serían la de defenderlo..., o la de matarlo. Nunca se sabía, y por eso rotaban cada día y de forma aleatoria.

Una vez dentro de su habitación, cerró la puerta blindada con su llave, y se presentó ante el espejo para ir despojándose de su vestimenta oficial no de gala.

"Estás viejo, Iósif, tienes 58 años pero aparentas más", se dijo al mirarse en él. Bueno, eso..., iba a días. Otros días, se veía más joven. Sobre todo, si ese día los del NKVD habían desarticulado una conjura enorme para asesinarlo, pero todos habían acabado contando los pormenores de lo que pretendían hacer, confabulados con alguna potencia extranjera. En días así, esas victorias le demostraban que sólo era un

hombre maduro, pero en alerta. Los viejos, no resisten tantos envites como él era capaz de soportar.

Vestido ya con el pijama, se acercó hasta la puerta y comprobó nuevamente que estaban los cerrojos pasados. Miró a su alrededor a ver si había algo que llamase la atención, pero todo estaba tal cual él tenía ordenado que estuviera: no se llevaba muy bien con cualquier pequeño cambio que pudiera suponer que alguien hubiera manipulado sus cosas, y ser espiado. Tranquilizado, fue hacia un armario no muy grande que tenía al lado de la cama, lo abrió, separó la poca ropa que colgaba de sus perchas y, tras ella, apareció una caja fuerte que quedaba disimulada.

Movió las tres ruletas para poner la combinación, y un sonido metálico le indicó que acababa quitar el seguro. Giró una manija y tirando de ella, se quedó a su vista el interior de la caja fuerte, iluminado por una bombilla que se encendía automáticamente tras la apertura, apareciendo vacía. No había dinero, joyas, o documentos, nada. En el fondo, una tela de terciopelo negro, cubría algo.

La recorrió, y un cuadro de vivos y dorados colores, un bello icono de Nuestra Señora de Kazán de estilo bizantino, apareció ante los ojos del hombre que lo tenía todo, pero que no era feliz. La Virgen, y el Niño Jesús que sujetaba en sus brazos, parecían mirar de frente al camarada Stalin, pero tampoco había felicidad en sus rostros. Quizás los tres intuían como si un mal destino les amenazara.

Iósif, tragó saliva al ver las caras de la Virgen y del Niño porque cada noche, cuando se arrodillaba para rezarle a la Santa María de Kazán que era quien tenía poderes e influencias ante el Altísimo, le embargaba un sentimiento de culpabilidad por las cosas malas que hubiera hecho o mandado hacer, aunque fueran todas por Razones de Estado donde las semillas de las buenas intenciones, no solían germinar.

Desconfiando, volvió a mirar en derredor suyo para comprobar que nada ni nadie le podría estar espiando en aquella situación tan impropia de su cargo, se santiguó y se arrodilló sobre un cojín que a tal efecto tenía. Juntó sus manos y se vistió de humildad para comenzar su agradecimiento y plegaria:

"Buenas noches, Santa Madre de Kazán, Patrona de los Soldados y de los Imposibles como es mi tarea, de nuevo acudo a ti para darte las gracias por tu protección otro día más para este sumiso siervo tuyo, en este convulso año de 1936, donde sigue quedando tanto por hacer. Tú, y con la ayuda de Dios, déjame vivir muchos más días para que esa tarea pendiente se concluya algún día. Dame vigor, energía, y fuerza para mantenerme en mi puesto y castigar a los inadaptables, a los que se enfrentan a la misión que me ha sido encomendada, y no digo que por el Altísimo, de quien reniego de puertas para afuera pero, no porque tenga

nada contra él, tú ya lo sabes Santa Madre, sino porque nuestros preceptos así lo imponen, manías de los filósofos como nuestro venerado Karl Marx, empeñado en que la religión era el opio del pueblo, mira qué se sabía él. Pero, compréndelo Madre, era el siglo XIX, "otros tiempos" que se dice. Y nosotros, discípulos suyos... ¿qué podemos hacer siendo como es un dogma de no fe? Pues, seguir con esa matraca, a ver...

Pero yo te juro por lo que más quiero, que duerme cerca de esta habitación, y ante este altar tuyo blindado y protegido con tres claves secretas, que yo sigo creyendo en ti desde que nací allá por 1878 porque así mi madre terrenal me lo enseñó, y me encomendó a ti para que me dieras tu protección, y también te la pido para mis hijos, pero más que nadie, para mi Gorrión como yo la llamo, porque los peligros en esta Gran Patria en obras, son enormes. Con humildad y agradecimiento, tuyo, Iósif. Hasta mañana, buenas noches Santísima Madre del Señor, quien tanto te hizo sufrir para salvarnos".

Se persignó tres veces seguidas y, como un ritual sacerdotal, volvió a tapar el icono con el paño negro, cerró la puerta de la caja fuerte, puso las tres claves y, así reconfortado hasta que tocara el despertador, se metió en su cama, cayendo rendido como un bendito.

La Lubianka, 00:50 horas. Una sala repleta de militares de NKVD, están en sus puestos frente a los aparatos que auscultan las 24 horas del día lo que ocurre en cada lugar de la URSS sujeto a vigilancia. Cada mesa está separada por mamparas que permiten una cierta intimidad a su operador. En un lugar especial de aquella inmensa planta, el coronel Mijaíl Blücher, controla el aparato estrella, y el más secreto sobre qué misión realiza.

El gran Jefe, Nikolái Yezhov, a la sazón Comisario del Pueblo para Asuntos Internos, se acercó al puesto aquél al que muy pocos tenía acceso, y como cada noche antes de abandonar el edificio, se cercioró:

"Coronel Blücher: ¿todo bien en la Cueva del Lobo?"

"Todo bien, camarada Comisario". Hizo una mueca contenida de sonrisa y añadió: "Ya ha rezado sus oraciones, y se ha acostado. Sólo él y sus hijos estarán a salvo con ellas. Otro día más en que ni Vd., Camarada Yezhov, ni este humilde coronel de inteligencia, hemos estado en sus oraciones. Que nos dure, es lo que hace falta", concluyó el oficial.

"Sí, que nos dure..., que nos dure. Hasta mañana, coronel", se despidió de él aspirando del cigarro con largo filtro que se acababa de encender.

"Hasta mañana, Camarada Comisario Yezhov".

F I N